



El teatro también se lee

El teatro va a clase

Guillermo Carrascón

Universidad de Turín

Uno de los problemas con los que se enfrenta quien enseña español como lengua extranjera, sobre todo si lo hace fuera de España, es el de la transmisión y enseñanza de la pragmática de la actuación lingüística, un elemento crucial para la adquisición de una segunda lengua. El uso real de la lengua va mucho más allá de lo que cualquier gramática de razonables dimensiones podría albergar entre sus páginas y no es fácil enseñar los mil usos especiales, las restricciones de construcción, los delicados matices que imponen, en cada situación concreta, determinadas formas de decir: esas y no otras, que pueden ser sinónimas, adecuadas y hasta más correctas, pero no son las que natural- y espontáneamente el hablante nativo usaría en ese momento y en esas circunstancias precisas. Todos tenemos en nuestra propia lengua una competencia pragmática que nos permite reconocer las situaciones en las que nos encontramos y adecuar instintivamente nuestras actuaciones lingüísticas a ellas con propiedad y fluidez. Para recuperar la misma capacidad en una lengua nueva haría falta acumular la misma experiencia de vida —vida lingüística— que del propio idioma materno atesoramos sin hacerle apenas caso. Y eso, claro está, es prácticamente imposible.

Muchos métodos para la enseñanza de lenguas, que yo suelo llamar libros de español para idiotas, porque a veces parecen más dirigidos a personas de escasas luces que a extranjeros —«¿Es usted extranjero?». «No señor, soy tonto», decía un chiste muy viejo—, intentan introducir muestras de comportamientos lingüísticos propios de estas situaciones cotidianas a través de secciones ad hoc, pequeños textos en los que el más o menos afortunado autor, que obviamente y salvo contadas excepciones no suele ser un gran literato, crea conversaciones artificiales entre personajes improbables. Si ustedes han tenido ocasión de hojear uno de estos manuales, recordarán sin duda, tal vez con horror, esos breves capitulitos titulados «En el hotel», «En la oficina de colocación», «Fiesta de cumpleaños», en los que se fingen, con mejor intención que resultado, diálogos amanerados y falsos so color de aplicar a una situación comunicativa tan enlatada como las risas de los telefilms americanos estrategias comunicativas, modismos e idiosincrasias idiomáticas que se consideran importantes para el alumno.

Y aquí es donde entra lo de leer el teatro. Hace ya varios años que yo sustituí con éxito estas introducciones a la pragmática de los libros de texto con fragmentos de obras

teatrales contemporáneas. Con éxito, con alivio por parte mía, que ya no me tengo que sonrojar ante mis estudiantes por la soberana insulsez de las conversaciones de manual, y sobre todo con provecho para los alumnos. De Carlos Arniches a Paloma Pedrero, de Enrique Jardiel Poncela a Juan Mayorga —pasando por un itinerario tan largo de mihuras, bueros, casonas, sastres, nievas, galas, muñices, olmos, cabales, romeros, medieros, resinos, rodríguez-méndeces, alonsos de santos, pascuales y hasta, ¿por qué no? torrados y pasos... que ni sería capaz yo de agotarlo ni ustedes de leerlo sin aburrirse—, el teatro contemporáneo ofrece la mejor antología de transmisión escrita de la lengua española hablada en nuestra península. Y sin salir del aula, Enrique Buenaventura, Leites, Egon Wolf o Luis Rafael Sánchez permiten a través de la lectura de sus textos dramáticos acercarse con la mejor sensibilidad y la fidelidad más garantizada a los matices y las particularidades léxicas, morfológicas y sintácticas de la verdadera habla de allá.

Es difícil que alguien consiga igualar, para ilustrar el uso de refranes y modismos, el ingenio del que hace gala Jardiel Poncela en una de las primeras escenas de *Eloísa está debajo de un almendro*, que ustedes sin duda recuerdan. Es raro que haya un autor de manual de español para extranjeros que se pueda medir, por imaginación y sensibilidad lingüística para reproducir el habla, con nuestros abundantes y excelentes dramaturgos contemporáneos. En particular, en España, la estación realista de nuestro teatro, aquella de los años sesenta en adelante, y el amor de nuestros comediógrafos de todas las épocas por la lengua nos han dejado a los profesores de español un filón inagotable en el que caben todas las modalidades de la expresión viva, un registro que reproduce con exactitud notarial cómo han ido hablando los españoles, todos, desde los chelis hasta las señoras empingorotadas, y que cubre todas las situaciones desde las más verosímiles y realistas hasta las más improbables y absurdas. Leer el texto teatral en el aula, junto con los alumnos, les enseña mucho más español del que se habla en la calle, y lo hace de una forma mucho más divertida que la mayor parte de los manuales al uso. El puro y duro texto teatral, bien leído en clase, ofrece una enorme abundancia de posibilidades y recursos didácticos para quien quiera dominar nuestra lengua en todas sus innumerables facetas, que, como los cortadores al diamante, nuestros escritores de teatro han sabido hacer brillar en todo su esplendor. ■